

EN MEJORES DÍAS.

En 1893, invitado por mis buenos amigos Manuel José Othón y José Guadalupe Rostro, redactores de "El Americano," escribí varios artículos históricos, políticos y de costumbres, que salieron á luz en dicho periódico, y después he escrito otros que, al darles hoy publicidad y reproducir aquéllos, podrán dar á conocer, todos juntos, las antiguas y modernas costumbres de nuestras clases sociales, y las transformaciones que física y moralmente ha sufrido San Luis en más de medio siglo.

Empezaré por enseñar á mis lectores las escuelas en que se recibía la instrucción primaria en mi ciudad natal, desde la época de la independencia hasta 1848.

Me acuerdo que á los cuatro ó cinco años de edad, me pusieron mis padres en una escuela que tenían dos viejecitas que se apellidaban Guevara.—Allí conocí las letras del alfabeto, la cartilla, el silabario de San Miguel, aprendí el padre nuestro y el ave maría, el todo fiel cristiano, y empecé á hacer palotes. A las once de la mañana y á las cinco de la tarde, que iba el criado por mí, ya había dado todas mis lecciones, me arrodillaba frente á una imagen de la Virgen de Guadalupe, que había en la cabecera de la salita de la escuela, rezaba el bendito con los brazos cruzados, me levantaba conservándolos así hasta el asiento donde estaba mi maestra, besaba á ésta su mano callosa y arrugada, y salía de la escuela corriendo y dando saltos, sin dejar de sacarle una vuelta al quiebro á cualquier asno ó buey de carreta que encontraba en el camino.

De esa escuela pasé á otra que dirigía un diácono, D. Antonio Rodríguez, (a) "El maestro Pollito." Era este Señor un anciano septuagenario, de carácter humilde y bondadoso, muy pobre, cubría las modestas necesidades de la vida con los honorarios que le pagaban los padres de doce ó catorce niños que tenía en su escuela, y con las gratificaciones que percibía por cantar en alguna misa la Epístola ó el Evangelio. En esa escuela aprendí el Catón cristiano, la mitad del catecismo del Padre Ripalda, el Fleury, el Amigo de los niños, las primeras cuatro operaciones de la Aritmética, y á escribir palabras sueltas con letras gordas. El maestro Pollito era muy aficionado á intercalar mayúsculas en todas las palabras. Se conocía que experimentaba cierta satisfacción cuando revisaba una carta ó plana larga, y veía sobresalir en todo el papel colosales letras con muchos rasgos y finales, que probaban lo bien cortado de la pluma de ave.

Trabajo nos costó á mis maestros posteriores y á mí, quitarme la costumbre de las tales mayúsculas. A lo mejor de estar escribiendo una plana para mi casa ó para el próximo examen, si escribía, por ejemplo, la palabra "independencia" metía una *p* como la torre de Catedral.

Había otras dos escuelas de más categoría, porque estaban situadas en el centro de la ciudad, porque el pauteado del papel era de colores y porque la palmeta estaba barnizada de muñeco; pero el programa de enseñanza era el mismo que en las de segundo orden.

Los maestros Balbontín, Hernández, Arellano, López, Trascierra etc, sabían poco y enseñaban menos, siendo una novedad el que alguno anunciara como libro de texto la gramática de Herranz y Quiroz. En lo que sí marchaban de acuerdo y ponían todo esmero, era en el uso de la *cuarta* y de la palmeta. Porque un muchacho no leía con sonsonete, aunque no tuviera disposiciones para mal cantante, un palmetazo; porque otro comía á hurtadillas un durazno que había llevado de su casa, un palmetazo en las articulaciones de los dedos, que lo hacía tirar la pieza de fruta, y le dejaba tiesos los dedos por una ó dos horas; porque otro muchacho llegaba á la escuela minutos después de la hora fijada, ó porque permanecía en el excusado más tiempo del regular, al entrar al salón un latigazo; y no se diga de los que no daban sus lecciones al gusto de aquellos pe-

dagogos; infeliz del muchacho que no rezaba con los brazos cruzados y la vista fija en el suelo, que se reía durante el rezo, que salía de la escuela gritando de gusto, ó que se le olvidaba besar la mano al maestro. La palmeta ó la cuarta se encargaban de corregirle aquellas faltas.

Así eran nuestros planteles de educación y así los tiempos en que existieron. Vino D. Pedro Vallejo y todo cambió. El estímulo reemplazó á la palmeta. Las materias de enseñanza se duplicaron. El método que planteó causó una verdadera revolución, se abrió para la niñez un porvenir de progreso y de verdadera y sólida cultura.

Tuve yo la fortuna de ser de los discípulos de Vallejo, y de permanecer en su establecimiento hasta que murió. Después seguí con D. Ambrosio Espinosa, distinguido Profesor de la Escuela Normal que dirigió el mismo señor Vallejo, y estuve con él hasta que salí para el Colegio.

De los discípulos de Vallejo y Espinosa entramos juntos al colegio, Antonio Sosa, Manuel Pereira, Benigno Arriaga, Joaquín H. Villalobos, Pascual M. Hernández, Francisco Gándara, Eulalio Degollado, Pedro y José Othón, el que esto escribe y otros, formando todos un grupo de muchachos alegres y muy bien dispuestos para la vida de Colegio. Nos distinguíamos como flojos y paseadores, Joaquín Villalobos y yo, con la diferencia de que Joaquín, por su buen talento, poco trabajo le costaba reponer á fin de año el tiempo perdido, mientras que yo sudaba la gota gorda para poder presentarme á examen y no perder el año.

Eran nuestros amigos íntimos, León Zavala y Romualdo Sánchez Castillo. Joaquín y León se retiraban solos al anocheecer yéndose por el rumbo de San Miguelito, donde tenían varias amiguitas á quienes visitaban diariamente. Joaquín tocaba muy bien la jaranita, lo que le servía de tarjeta de introducción á las casas en que había muchachas alegres. Con ellas pasaba agradables horas tocando y cantando, porque también cantaba aquellas primorosas canciones de salón y populares, que ahora ya no saborean los *diletanti* de nuestros días.

Yo también me dediqué de muchacho al divino arte, pero los maestros de aquel tiempo no dispensaban á sus discípulos el solfeo, y yo tenía una voz detestable.

Mi maestro quería que yo mismo me acompañara con la *Guitarra sétima*, las lecciones del solfeo y algunas canciones

que me ponía á estudiar, pero por lo general, mi voz y la guitarra andaban siempre divorciadas como los malos matrimonios, y á pesar de que tan claramente daba á conocer mis ineptitudes para el canto, mi maestro se empeñaba en que había de cantar. Es que sin duda le agradaba que entre mi voz y la guitarra no hubiera un perfecto acuerdo, por ser la falta de armonía un distintivo especial entre los profesores de la *Armonía*.

Llegó por fin á convencerse de que no sacarías de mí un Tamberlik ni un Gayarre, y admitió que me dedicara á la flauta, instrumento que elegí para librarme del canto, puesto que era imposible cantar y soplar al mismo tiempo.

Pésimamente tocados algunos valeses y polkas, me eché por esos mundos de Dios á lucir mi habilidad. Me acompañaba Romualdo con la guitarra ó piano; algunas veces hacía yo unos versos como salidos de un cuartel de inválidos, Romualdo les ponía música y ya elevadas ambas composiciones á la categoría de canciones, las bautizábamos con los nombres de nuestras novias ó amigas, y les dábamos circulación.

Seguramente estaba en San Luis entonces muy pervertido el gusto por la música y la poesía, porque nuestras canciones se oían en muchos estrados, y nosotros teníamos la modestia de pegarnos en las ventanas á escucharlas.

Romualdo, ya viejo, todavía se acordaba de dos ó tres de esas canciones, y siendo todo un profesor, no disimulaba el entusiasmo que le causaba recordar aquellos juguetes juveniles, y las cantaba con la expresión de los diez y ocho años, estiraba el pescuezo y le brillaban sus verdes y expresivos ojos.

Establecimos una "Sociedad estudiantil" que, como su nombre lo indica, la componíamos alumnos del Colegio. Esa sociedad no tenía más objeto que el reunirnos con familias amigas, dar una tertulia el sábado de cada semana y un baile cada cuatro meses. Las tertulias se alternaban en la casa de Joaquín Villalobos y en la de León Zavala. Los respetables padres de esos amigos: Lic. Don Mariano Villalobos y Don León Zavala, gozaban con la presencia de muchos muchachos en sus casas; se confundían entre ellos, y muchas veces dirigían los bailes y juegos de estrado, con el mismo placer y entusiasmo que sus hijos, y los amigos de sus hijos que teníamos el honor de ser recibidos, con la

más exquisita amabilidad; pero eso sí, las tertulias no habían de pasar de tres horas; de las ocho á las once de la noche, sólo los bailes que enfáticamente llamábamos generales, nos era permitido prolongarlos hasta las cuatro de la mañana, y aumentar la concurrencia con convidados extraños á nuestro círculo.

La contribución con que sosteníamos nuestra sociedad, era de dos pesos mensuales, sin exhibición ninguna extraordinaria, y del producto salían todos los gastos de música, alumbrado y refrescos. Ya se comprenderá que con tan poco dinero, tenían que ser nuestras diversiones muy modestas; pero en cambio, teníamos en nuestro favor para divertirnos grandemente; diez y seis días ó diez y ocho años de edad, salud hasta el desperdicio, y un grupo de muchachas alegres y bulliciosas que rendían al más experto bailarín.

El Lic. Villalobos y Don León Zavala, según la casa donde era la tertulia ó baile, y sus dignas esposas, no paraban un momento en obsequiar y cumplimentar á las familias concurrentes, y á los muchachos nos daban muy buenas regañadas porque dejábamos sin bailar á una Señorita que estaba sentada, ó porque no les ofrecíamos á todas oportunamente los modestos refrescos ó dulces de nuestro remedo de ambigú. Eran nuestros segundos papás, que nos daban lecciones de trato social; todos los estudiantes los respetábamos y les teníamos gran cariño.

Los días de Noche Buena, suspendían nuestras tertulias porque nos dedicábamos á organizar las posadas, que se repartían á distintas familias, para que en cada casa fuera habiendo una: sólo que entonces lo hacíamos más á lo vivo que como ahora se acostumbra. La peregrinación salía de la casa donde había sido la posada anterior, é iba á pedir la otra á la casa que le tocaba darla, se rezaba todo lo correspondiente al día, se cantaba la letanía, se colocaba á San José y á la Virgen en el lugar que se les tenía preparado, y seguía el baile con sus buñuelos, gatzates, confites y tamales, rompope y ponches de aguardiente, hasta las doce de la noche.

El día 24 después del baile de la posada, toda la concurrencia se dirigía á oír la misa de gallo en el templo más cercano, y el día 25 era el gran baile, que por lo general, se verificaba en la casa del Lic. Don Vicente Chico Sein.

Después de la Noche Buena seguían las visitas á los nacimien-

tos. La clase media de la sociedad era la que más se esmeraba en conmemorar el nacimiento del niño Jesús. Los pobres se limitaban como hoy, á colocar en un rincón de una accesoria ó cuarto exterior, el tradicional pesebre, bajo de un portalito de cartón, el Misterio, y el buey y la mula calentando con su hálito al niño acabado de nacer. Los ricos nunca ponían en sus casas nacimientos, y no porque esa práctica popular no cuadrara con sus gustos y opiniones, sino porque les ocasionaría la molestia y la repugnancia de tener que permitir que entrara toda clase de personas á visitarlos, como era de costumbre, pues en todas las casas donde los había, estaban siempre abiertas las puertas, desde las ocho hasta las diez de la noche, para que entrara todo el que quisiera; pero si sabían aprovecharse para pasear y divertirse de la devoción de las otras clases sociales. Iban con sus familias á visitar los nacimientos, por supuesto encontrando todo de muy mal gusto, feos los muñecos, el niño Dios un feto deforme, sin arte la colocación de los grupos, los muebles de la casa corrientes, escaso el alumbrado, y si eran obsequiados con un ponche ó un refresco, lo desechaban con altivez, saliéndose de la casa sin dar las buenas noches ni hacer siquiera algún signo de agradecimiento.

Había empresarios que ponían uno ó dos nacimientos, cuyas figuras las movían con un aparato arreglado convenientemente, y cobraban una pequeña cantidad por verlos.

Esa costumbre casi ha terminado. En muchas casas ponen todavía los nacimientos pero muy en pequeño, probablemente por economía, más bien que por falta de devoción, y como ya no tienen ningún atractivo, no hay quien vaya á visitarlos.

Las frías y largas noches del invierno no las pasábamos como ahora las pasan los jóvenes del día, en las cantinas, en los billares y en otras partes nada edificantes; nos reuníamos en las casas de nuestras amigas, y bajo la dirección de persona respetable, hacíamos charadas animadas, juegos de estrado, casas de locos, etc., y frecuentemente concluían esas diversiones con bailes improvisados hasta la una ó dos de la mañana.

En los primeros días de enero se hacían las rifas de compadres. Una familia formaba lista de sus amigos y amigas, agregando algunos ó algunas que no lo eran.

Por sí y ante sí, sin conocimiento de los interesados, y sin la presencia de interventor, dizque hacia el sorteo, y cosa rara, siempre salían de las ánforas los nombres de los novios de antemano ya conocidos. Al pollo que no tenía novia, le acomodaba la suerte á alguna joven que estaba en la misma condición, y si por compromiso ó cortesía había que poner en lista á personas de mayor edad, tocaba la suerte que también salía de la ánfora el nombre de alguna señora casada, viuda ó jamona.

Terminadas esas rifas con tanta legalidad como las elecciones populares, las loterías, y los nombramientos de juntas directivas de negociaciones mineras, la familia hacía saber el resultado á las parejas de compadres, por medio de atenta esquila, incluyendo las dos cédulas coquetamente enlazadas, las que eran recibidas por los interesados, con aplauso y entusiasmo, admirándose de la dicha con que la fortuna los favoreció. Ese aviso era la prevención para el arreglo del baile, en el que debían darse el abrazo los compadres. Los jóvenes se reunían para tal objeto, fijaban las cuotas con que cada uno debía contribuir, se nombraban comisiones para recaudarlas y para todo lo relativo á la celebración del abrazo. Con estas contribuciones sucedía lo que con frecuencia sucede con las que recauda el fisco del Estado. Había contribuyentes morosos que no pagaban, y como la comisión no podía hacer uso de la facultad económico-coactiva, tenía ella que reponer lo que faltaba.

Los jóvenes, según sus recursos, se proveían de coronas más ó menos elegantes para las comadres, y éstas de vistosos ramos para colocarlos á los compadres en el ojal del frac ó la levita.

Cuando ya estaban reunidas todas las parejas en el salón de baile, el bastonero mandaba tocar la contradanza, pieza elegida para el abrazo, porque como las danzas de hoy, podían bailarlas indeterminado número de parejas.

De estos bailes, resultaban generalmente muchos matrimonios, ya de los novios elevados á compadres que con el abrazo crecía su amor y entusiasmo, ya de los que no siéndolo antes, se veían en buen camino para serlo, considerando la mutua aceptación del compadrazgo como una prueba de simpatía.

Pero no se crea que los bailes de compadres eran dos ó tres, no Señor, los había diariamente todo el mes de ene-

ro, porque casi no había casa donde no se hiciera una rifa de compadres como la que acabo de reseñar.

De estos bailes seguían los del carnaval. Apenas empezaba mi adolescencia, cuando esa temporada era en San Luis de gran bullicio y alegría. Probablemente después de México y Mérida, en ninguna parte del país se celebraba el carnaval como en la ciudad de San Luis; todas las clases sociales se entregaban al placer, formando comparsas numerosas que recorrían las calles y paseos, acompañadas de bandas militares ó de bien organizadas orquestas. Los jóvenes de familias acomodadas, los comerciantes nacionales y extranjeros, los estudiantes, los artesanos, los dependientes de tiendas de abarrotes; todos en sus respectivos círculos, hacían uso del disfraz para entregarse á la broma y á la risa.

Los dueños de las grandes sastrerías preparaban con anticipación centenares de trajes de fantasía, que alquilaban por tardes ó noches á elevados precios. Por la amistad que tuve con uno de esos sastres, me consta que trajes de cuya confección empleó setecientos pesos, le produjeran de alquiler en una temporada de carnaval, más de dos mil pesos. Había comparsas que anunciaban visitas á las familias, y otras se presentaban en las casas sin previo aviso; de cualquiera manera eran recibidas con exquisita atención, principalmente, si el jefe se daba á conocer para inspirar confianza á la familia visitada. Por supuesto que cada comparsa se dirigía á las casas donde tenía seguridad de ser bien recibida.

Además de los bailes particulares que había en muchas casas, los del Teatro Alarcón eran concurridos por lo mejor de la sociedad potosina. En ese edificio había bailes los domingos, lunes y martes de carnaval, el primer domingo de cuaresma, llamado de Piñata, el segundo llamado de la Vieja, el tercero, llamado de la Moza, el cuarto, llamado de la Sardina, y el quinto ó de Pasión, llamado del "Entierro de la Sardina."

Los paseos de las comparsas y estudiantinas, eran las tardes y noches de los tres días de carnaval, el domingo de Piñata y el de la Vieja, los dos últimos bailes en el teatro, eran ya poco concurridos; pero por la relación anterior, se verá que aquella juventud sabía divertirse, mientras que

la de ahora apenas da un baile y se queda resollando recio hasta el siguiente año.

En la época á que me refierose hicieron notables por la elegancia en el disfraz, las bromas chispeantes, y todo lo que se llamaba el buen juego de careta, los jóvenes D. Manuel Espinosa y Cervantes, D. Jacobo Urtétegui, D. Francisco Villalobos, el Dr. D. Ambrosio Salazar y D. Francisco Vega; y más tarde, cuando yo ya empecé á formar parte en las mascaradas, Eulalio Degollado, Ramón Fernández, Benigno Arriaga, Luis Barajas y otros.

La prolongada y sangrienta guerra de reforma, y la no menos cruenta de la intervención francesa, acabaron con el buen humor de la sociedad de San Luis. Los bailes de carnaval degeneraron rápidamente como sucedió en México, al grado de que los que se verificaban en el teatro, se vieron concurridos únicamente por gente de trueno, hasta que la autoridad tuvo necesidad de prohibirlos como medida de moralidad y de orden.

La temporada de la cuaresma suspendía totalmente todas nuestras diversiones. Nuestras amigas y compañeras de baile, se dedicaban á confesarse y á oír los sermones cuaresmales, y nosotros, los estudiantes, vagábamos espantados de aquí para allá, sin llegarnos la camisa al cuerpo, para acercarnos al Tribunal de la Penitencia, y recabar el certificado del confesor y la cédula de la Parroquia, á fin de probar con tales documentos, al rector del Colegio, que habíamos cumplido con el mandamiento de la Iglesia. Pero era una temporada de larguísima abstinencia, porque mientras no se quemara el último de los judas, el sábado de gloria, nuestras amigas no se prestaban á las diversiones profanas, y aun nos desconocían en los días de la cuaresma. Las veíamos entrar ó salir de un templo, ó las encontrábamos en la calle, con el tápalo echado sobre la frente, cubiertas hasta las narices, y los ojos fijos en la tierra. Las saludábamos y no nos contestaban, y si nos acercábamos á decirles alguna amistosa broma, ó á pedirles un wals adelantado para la pascua, sacaban la manita y nos ponían la cruz. Algunas solían sonreirse, pero se cubrían más para no ser vistas, y aceleraban el paso.

Los apuros de las pollitas en la temporada de cuaresma, comenzaban el miércoles de ceniza. El monótono sonar de las campanas de los templos llamando á los fieles para re-

cordarles que polvo somos y que en polvo nos hemos de convertir, les hacía correr en tropel á invadir las iglesias para recibir en la frente el recuerdo de nuestro origen y la advertencia de nuestro fin; pero las muchachas no se conformaban con un signo hecho al descuido, ni como los que usan algunos notarios, que parecen escorpiones ó cienpiés aplastados; se informaban primero en qué iglesia pintaban bonitas cruces, porque las feas, ó las que hacían los sacerdotes con los dedos, desfiguraban los rostros, y eran además, de mal augurio, significando que la tierra en que había de convertirse el mortal, sería de muy mala calidad.

Las muchachas que tenían la mala suerte de que les pintaran cruces feas, se declaraban en encierro constante hasta que la almohada y el aire las borraba, porque entonces no tenían el recurso de disfrazarse con los polvos de haba y de arroz, la cascarilla de Persia ó la leche de Venus, pero las que conseguían un hermoso *jesusito*, lo cuidaban como á las niñas de sus ojos, lo lucían en la iglesia, en la calle y en la ventana, y lo renovaban á hurtadillas en el tocador, con corcho quemado ó humo de ocote.

Ahora ya son pocas las muchachas que creen que son polvo y que en polvo se han de convertir, aunque hay muchas que desde en vida no parecen ser de otra materia, si la vista no engaña.

Seguían luego los sermones en todos los templos, ejercicios vespertinos para mujeres, y nocturnos para hombres. Los sermones eran diarios; uno en cada iglesia, y los domingos en varias. A los de los días de trabajo concurría toda la gente desocupada, que nunca es escasa, y á los de los domingos, asistían las mamás con sus hijos, y hacían que también fueran los criados. Al regresar á los domicilios, las conversaciones domésticas rolaban sobre el sermón.

—¿Qué te pareció, Lolita, lo que dijo el padre, de las niñas, que sólo quieren estar en el estrado con las visitas, murmurando de las amigas y conocidas, y sin dedicarse á los quehaceres de la casa?—Si, mamá, oí lo de visitas y amigas, porque en esas palabras subió el padre de tono, pero de lo demás, nada, porque estaba pendiente de que la mujer que se arrodilló junto á mí, no me arrugara mi vestido, y luego los ronquidos que daba el viejo Don Eralio, apagaban la voz del padre López.

—Bueno, pero si oirías que dijo que las niñas no deben recibir cartas de novios sin el consentimiento de su mamá, ni bailar con hombres que tengan fama de bailar bien, ni otras cosas que yo te las he dicho varias veces.

—Eso sí todo lo oí, porque había dejado de roncar Don Eraclio, pero esa parte del sermón no reza conmigo, porque tú sabes bien que todas las cartas que me han dado en la iglesia, en la procesión, en el paseo y en la ventana, y las que me han traído la recamarera, el mozo y la dulcera, te las he entregado, y sólo he contestado las treinta y ocho que tu me dictaste. Mas aquello de que no se debe bailar con los que saben, es necesario entenderlo en el sentido en que el padre lo dijo, es decir: que el día que una se confiesa, si se le presenta un bailecito, sólo podrá concurrir para bailar con algún compañero que baile mal, en penitencia de los pecados que confesó, pero nada más ese día.

—Seguro que interpretas bien la razón del mandato, y si es así, esto te probará que los padres dicen siempre la verdad, y parece que de todo saben. Todavía me acuerdo yo de una vez que me tocó de compañero de baile á un zurdo y estevado. ¡Jesús! ¡qué martirio en aquella ferrolana! me daba las vueltas al revés, y en una que quiso girar violentamente, me arrojó sobre el ciego que tocaba el arpa y él se quedó montado sobre el maestro del bandolón. Mucha justicia tiene el padre López de dar de penitencia á las muchachas que bailen con un mal bailador.

—Y tú, Timotea, ¿aprovecharás lo que dijo el padre en el sermón?

—Yo, señora, no recibo cartas de *naiden*, ni bailo arriada á ningún hombre, nosotras las *probes* bailamos nuestro jarabe frente á frente de los hombres, pero retiraditos.

—No te hagas que no entiendes; no te quiero decir del baile ni de cartas de novios como á mi hija; te pregunto si pusiste cuidado en lo que dijo el padre de los criados; que no deben murmurar de sus amos, que no deben robar en el mandado, que deben respetarlos, cuidar sus cosas como si fueran las propias, cumplir religiosamente las obligaciones que tienen en el servicio, no permitirse ciertas libertades con los señoritos de la casa, no usar la pomada ni los perfumes de las niñas para luego entrar á la recámara del niño mayor á servirle el desayuno, y en fin, to-

dos los consejos que dió para que fueran buenos y leales criados.

—Hasta *horita* sé todo eso que su *mercé* me lo está diciendo, porque desde antes que el padre saliera al púlpito me quedé dormida. Es tanta la *calor* que *ajuerza* rinde el sueño, y por lo mismo yo no vuelvo al sermón. Toda la semana trabajo y es justo que la tarde del domingo vaya á pasarla á mi casa.

—Pues no irás los domingos de cuaresma, porque los amos somos responsables ante Dios, de los criados, como si fueran nuestros hijos, y debemos obligarlos á que se confiesen y á que oigan los sermones y las misas.

—Pues entonces hágame mi cuenta y me voy de la buena casa de su *mercé*; yo me destiné para hacerle su comida y no para que me haga santa, ni para que me lleve á oír que el padre le diga á uno sus *defectos* como si estuviera viendo todo lo que uno hace.

Por este estilo eran las conversaciones domésticas después de los sermones, no siendo raro que algunas produjeran serios disgustos entre los consortes cuando el asunto de la plática cuaresmal había tocado algo el delicado punto del matrimonio.

Al estallido de los judas, y al alegre vuelo de las campanas al entonar el *Gloria in excelsis Deo*, desaparecían los *cucuruchos* de los tápalos y de las mantillas, las caras compungidas y el andar inclinado y silencioso. Volvían las caras alegres y retozonas y desde el mismo día, ó á más tardar, desde la semana de pascua, renovábamos nuestras antiguas reuniones y entrábamos en el nuevo año escolar de bailes y de paseos, con la dedicación y empeño de muchos aplicados.

Un día conocimos en las fiestas de Tlaxcala, en el mes de agosto, un par de coloncheras simpáticas y preciosas como una rosa de castilla. Una tenía diecinueve años y la otra dieciséis. De color apiñonado, ojos grandes, negros y rasgados, cabelleras de hebras finísimas de ébano, formando caprichosas ondas que les caían hasta tocar el suelo, bocas pequeñas adornadas de una dentadura blanquísima y correcta, y un cuerpo de sílfide. El puesto tenía este rotulón: «*Colonche fino para señoritas y jóvenes decentes.*» Nos dimos por aludidos en la segunda parte, y entramos al puesto pidiendo que nos sirvieran á cada uno un vaso del

licor potosino. Una de las jóvenes se apresuró á servirlo y saboreamos el colonche que efectivamente, estaba muy bueno.

A cada elogio que hacíamos del licor, las muchachas se encendían como rosas de jericó; nos daban las gracias con encantadora sonrisa y nos ofrecían prepararlo mejor para la siguiente visita que les hiciéramos. Poco á poco se fué animando nuestra conversación con ellas, por lo que pudimos saber que era la primera vez que aquella familia se dedicaba á trabajar en la elaboración de los licores potosinos extraídos del maguey y del fruto del nopal. Era oriunda y vecina de la Villa de San Sebastián, había fallecido el jefe que la sostenía con el producto de su industria en la curtiduría de pieles, y ese acontecimiento había obligado á la viuda y á las dos hijas á trabajar para vivir.

Concluyeron las fiestas de Tlaxcala, siguieron las de San Miguelito, San Francisco y Todos Santos, y en todas ellas visitábamos en su puesto á nuestras simpáticas amigas. Vino la quietud de la ciudad con la terminación de las verbenas de las Villas, y entonces seguimos nuestras visitas hasta la casa de las coloncheras, que vivían fuera del alumbrado público.

Desertaron cuatro ó cinco de los compañeros, pero fuimos constantes José Romero, Carlos Gordo, Antonio Sosa, Antonio Montero, Pancho Gándara, Pedro Othón y yo. Eramos parroquianos cotidianos, no de la bebida, porque había concluido la temporada del colonche y al pulque no éramos afectos, pero charlábamos bien con las muchachas, y mientras que en el patio de la casa bailaban los peladitos con las bailadoras, nosotros en la sala bailábamos también las sonatas populares. Allí nos enseñamos á bailar jarabe, con todas las reglas y evoluciones del arte.

Antonio Sosa, Pancho Gándara y yo, fuimos de los más aprovechados. No nos daba vergüenza bailar delante del Dr. Helguera ni de ningún otro tapatio que lo zapateara bonito.

El principio de la guerra de los tres años nos puso en juicio. Cada uno de mis amigos tomó el rumbo que el destino le deparó.

Aquel grupo de amigos estudiantes se dividió en tres: Uno siguió los estudios como pudo en esta misma ciudad ó

fuera de ella; otro se filió al partido conservador y el otro al liberal; pero la amistad entre todos nunca se quebrantó.

Más de una vez nos protegimos y ayudamos en las vicisitudes de la vida y en los frecuentes azares de la política. Que digan si es verdad ó no todo lo que acabo de referir, los amigos que viven todavía.